

Suplemento al núm. 26 de LA LIBERTAD

DISCURSO

PRONUNCIADO POR EL

S.R. D. RAMÓN NOCEDAL

EN LA

ASOCIACION INTEGRISTA DE VALENCIA

EL DOMINGO 27 DE JUNIO DE 1897



VALENCIA—1897

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE MANUEL ALUFRE

PELICERS, 6



DISCURSO

PRONUNCIADO POR EL

SR. D. RAMÓN NOCEDAL

en la ASOCIACIÓN INTEGRISTA DE VALENCIA, el domingo 27 de Junio de 1897.

No toméis á descortesia, ni os maraville ni extrañe que mi primera palabra no sea para vosotros. Necesito desahogar el pecho, lleno de profunda gratitud que le commueve, y rebosa, y ya no puede callar ni sufre espera. Dejadme, pues se me ofrece ocasión, que me apresure á aprovecharla para enviar desde aquí públicamente, en nombre mío, y en el vuestro, y aun de todos los españoles que tengan alguna idea de lo que les pasa, las más expresivas, las más sinceras y rendidas gracias..... ¡Sabéis á quien? Pues á D. Francisco Silvela. (*Risas*).

Os lo diré francamente. Jamás en mi vida política, ya no corta y bastante asendereada y azarosa, pasé susto igual, ni tuve en cambio satisfacción tan cumplida. (*Risas*).

Porque son tantas y tales las desdichas de todo género que día tras dia van cayendo sobre el pueblo español, y crecen y se multiplican sin cesar, que ya le agobian y anonadan; y si cerráis los oídos á la alborotada *opinión pública*, amañada y contrahecha por los partidos en sus círculos y periódicos, de que nos habló hace poco el señor Celleruelo; en hogares y corrillos, en calles y plazas, en campos y poblados, no oiréis al pueblo que ora, trabaja y paga, sino referir ruiñas y miserias, y quejarse y maldecir de gobiernos y gobernantes, del parlamentarismo y sus odiosas banderías, que entran á saco la nación, y viven de ella, y la atropellan y explotan como país conquistado. Mas tiene España tan agotadas las fuerzas y tan quebrantadas

dos los ánimos, es tan grande su desesperación y tanto su desaliento, que ya parece incapaz de resistencias vigorosas, y mucho más de iniciativas espontáneas y de reacciones salvadoras. ¡Así la raza heroica que no se cansó en siete siglos de pelear con la morisma hasta arrojarla al otro lado del Estrecho, de ese modo el pueblo sin par que en siete años de épicas proezas derrotó á los ejércitos napoleónicos triunfadores de Europa, abatido y postrado se entrega sin defenderse á la voracidad insaciable de los vividores de la política, y padece muerte y pasión bajo el poder de los partidos liberales! Y en vano le solicitan y quieren agitarle los republicanos; los pueblos recuerdan con espanto los negros y pavorosos tiempos de la república, que pasó sobre España como trompa y torbellino asoladores, y aunque les predicasen una república tan buena como la de García Moreno, ni se fiarían de los predicadores, ni en sí mismos hallarian el esfuerzo necesario para intentar una revolución. Si son los carlistas quien los solicitan y empujan, tampoco responden los pueblos; porque si el carlismo ha de venir por la política de atracción, esto es, traído por los liberales más afines suyos, que ya le miran y consideran como la última esperanza, como *la gran retaguardia social*, según frase pidalina, sería para continuar la obra de los conservadores, ó á lo sumo de los moderados, y volver á empezar; y si apela á sus antiguos procedimientos, que tanto resistió y contrarió mi padre, los pueblos se encojen acobardados, porque se sienten sin fuerzas, no ya para sostener, sino para sufrir los estragos de una nueva guerra civil. Y aunque nosotros les invitemos á una lucha legal y pacífica, que sería de éxito seguro siendo perseverante y universal, tardan en responder, ó responden en un momento de entusiasmo y luego callan, porque batallar sin tregua y de verdad contra los partidos encaramados en el poder cuesta sacrificios diarios, y nos faltan los medios y concursos más á propósito para encender y estimular el espíritu de sacrificio y abnegación. Pero si la voz partiese de lo alto del poder, ó de un general de crédito, ó de un político en ocasión propíncua de ser ministro, que les hiciese esperar protección ó represalias contra las venganzas de gobernadores y cacci ques; si no les pidiesen sacrificios muy grandes, sino solamente lo que en la jerga al uso se llama *un movimiento de opinión*, el apoyo y concurso de su aprobación y aplauso, que bastaría para contrastar la algazara desacreditada de los partidos, y les ofreciesen no más que algún alivio, lenitivos y anodinos siquiera, al cúmulo immense de sus desdichas, con entusiasmo le aclamarían los pueblos y como corderos se irían tras él. Bien lo conocen los periódicos que, medio en francés, se llaman á si mismos de *gran circulación*, ó noticieros y de mucho público, que para ser más leídos y tener más popularidad se dedican hace tiempo á decir que ellos no pertene cen á ningún partido, y á execrarlos á todos, y á encarecer los des-

perfectos del sistema en artículos que parecen imitados ó traducidos de *El Siglo Futuro*. (*Risas.*) Y ese fué el susto que me dió el señor Silvela.

No temía yo que faltase á la verdad tan cumplido caballero, pero sí que la ocultase disimulando, que eso hasta un cristiano lo puede hacer licitamente; y, prescindiendo y haciendo caso omiso de su ingénito y casi incurable amor al sistema parlamentario y liberal, que hubiese hablado á los pueblos el idioma en que escribió la biografía de la ilustre y piadosísima doña Trinidad Grund. (*Risas.*) Que hubiese dicho á los católicos:—ya lo veis, *la realidad se impone*, que dicen los galicistas; yo no puedo infringir el artículo 11 (como infrinjo el Concordato) (*risas*), porque es ley; pero puedo darle la interpretación más piadosa posible, y algo es algo. (*Risas.*)— Que hubiese dicho á los fueristas:—haceos cargo, no es cosa de restablecer los fueros que se acaban de suprimir; pero yo aumentaré las atribuciones y libertades de vuestros municipios.—Que hubiera dicho á los contribuyentes:—no pidáis imposibles, con dos guerras y tantas trampas y tantos gastos, yo no puedo disminuir los impuestos; pero con mi sistema de *selección* y un poquito de moralidad algo puede que os ahorréis andando el tiempo.—Y con eso, ó cosa así, temía yo que bastase para enternecer y arrastrar á muchos, y dar fuerza y alargar la vida al sistema, decrepito y moribundo. ¿Acaso hubo necesidad de ofrecer tanto para enternecer á filósofo tan exímio como el señor Ortí y Lara, y llevarle, de cabeza, á jurar entrañable amor y adhesión inquebrantable al alfon-sismo? (*Risas.*) ¿No se enterneció sin que le ofreciesen tanto, ni nada, teólogo tan ilustre como el Sr. X., y nos dió la voz de ¡alto el fuego! y quiso abrazar á cuantos fuesen á la iglesia, por liberales que fuesen? ¿No acabáis de ver á unos cuantos amigos nuestros de San Sebastián, espantados de Scila, empeñarse en que nos estrellásemos en Caribdis, sin que les ofreciesen más que alguna concejalía en una candidatura liberal-conservadora? (*Risas.*) ¿Aun no habéis aprendido á dónde llegan las blanduras, las inconsistencias, el ansia de no luchar y vivir en paz con todos, y dejarse querer, en nuestros tiempos? (*Aplausos*). Pero no hay cuidado; el Sr. Silvela, ni podía mentir, ni ha querido disimular; el Sr Silvela ha sido generoso y magnánimo, y con toda franqueza y estrepitoso fracaso, ha declarado que á quien se propone salvar no es á España, sino al sistema que la está corrompiendo y destrozando; «ha prometido dejar los pedazos de su piel y los trozos de su carne,» como los cristianos en los tormentos (¡lástima de carne y lástima de piel tan mal empleadas!), no precisamente por Cristo ni por España, sino por salvar al sistema y «levantar, amparar y defender sus instituciones;» y ha tenido el heróico valor y la abnegación inverosímil de salir de su tienda, resuelto y decidido, á recoger en medio del arroyo y empuñar y dar al viento el

asta hecha astillas y la bandera mugrienta y hecha girones del parlamentarismo. (*Grandes aplausos*).

¡Justicia de Dios! Un dia, desde el banco azul, brindándome protección, ó dándome la alternativa como se dice en las plazas de toros (que no merecen más alta comparación las cosas parlamentarias) (*Muy bien! Risas*), me decía el Sr. Silvela en el Congreso que si yo hubiese querido renunciar á mis *radicalismos*, esto es, á mi integridad y mis intransigencias, ya haría rato que tendría asiento con él entre los ministros; y ahora le sucede á él que no tiene mis intransigencias ni mucho menos, que no profesa mi integridad ni nada que se le parezca, pero le basta su *sentido jurídico*, le bastan sus *selecciones* para cerrarle las puertas del ministerio; porque el progreso ha sido tal y tan rápido, que ya el solo nombre de la moral y el derecho son *radicalismos* insoportables e incompatibles con la gobernación del Estado liberal. (*Muy bien!*) ¡Justicia de Dios! Otro dia le pedí, siendo él ministro, que hiciera cumplir las ordenanzas que prohíben profanar los días de fiesta, y echándolo á broma me respondía, no sin gracia, que yo quería abrumar de trabajo al gobierno, que aviados estarían los ministros si hubiesen de cuidar de que todos los ciudadanos guardasen los mandamientos; y ahora se dedica él á persuadirnos que el primer cuidado de los ministros debia ser que se cumpliese á lo menos el octavo mandamiento, que prohíbe engañar á la nación con farsas electorales y con presupuestos mentirósos, y el séptimo que no permite robar, ó *irregularizar*, como se dice ahora pudorosamente. (*Risas.*) ¡Justicia de Dios! Porque me permití decir una vez lo que nadie ignora ya, lo que ellos mismos reconocen y confiesan en conversaciones particulares, y aun en sus periódicos, es á saber, que el parlamentario no es un conjunto de ficciones, como dicen sus autores, sino una farsa, el Sr. Silvela se enfadó conmigo y agotó contra mí todas las iras de su finísima ironía; y ahora es él quien se dispone á ir de pueblo en pueblo pregonando la estupenda novedad de que realmente las elecciones son una farsa, que es farsa el turno de los partidos monopolizado por el Sr. Cánovas, que son farsa las prácticas del parlamento donde el gobierno suprime la discusión y espanta á las minorías á bofetones, y farsa los presupuestos que el Sr. Cánovas, con cínico alarde, aplaude y celebra por *traviesos*, como si fuera lícito que un gobierno se divierta y haga travesuras con la hacienda y los caudales de la nación. (*Aplausos.*) Todo farsa como yo se lo decía (*y no me quería creer!*) al Sr. Silvela. (*Risas.*) ¡Justicia de Dios! Cuando yo entré en el Congreso, advertí que allí ollía á muerto; obsérve, como Hamlet, que todo está podrido en Dinamarca; repetí la profética frase de Aparisi, *Esto se va*; y añadí que lo primero que se podría y se iba era el partido conservador, y tras eso recordé, con Aparisi también, aquella despedida shakespeareana: *Jadiós, mujer de York, reina de los tristes destinos!* El Sr. Silvela

no lo pudo sufrir; el Sr. Silvela llegó hasta recordarme el desatinado soneto del cadáver que percibía el mismo hedor, y era él quien estaba putrefacto. Y á la vista está que, en efecto, el fusionismo se divide y deshace, el Sr. Gamazo contra el Sr. Moret, el Sr. Montero Ríos contra el Marqués de la Vega de Armijo, el Sr. Canalejas contra todos; á la vista está que los republicanos se dividen y deshacen, los federales destituyendo al Sr. Pi, los centralistas silbando al Sr. Salmerón, esos y los progresistas protestando contra los jefes y tratando sus asuntos como si fueran ministros de Estado, á cachetes y puñadas. (*Risas.*) Pero ¿quién había de decir al Sr. Silvela que había de ser él mismo quien se encargase de desgarrar al partido conservador con su daga florentina, y publicar á los cuatro vientos que yo tenía razón, que el partido conservador está muerto y podrido, y ya hiede, y es insufrible su hedor y su corrupción insoportable? Y para no omitir nada, el Sr. Silvela dice también que todo se bambolea; que si las cosas siguen así, y no se ven señales de que varien, si no lo remedia Dios, y no se ven méritos para esperar que Dios lo remedie, los peligros son pavorosos y vendrá la catástrofe: que viene á ser como entonar la famosa *salve* de Olózaga, y repetir como Aparisi la frase de Shakespeare: ¡adiós, mujer de York, reina de los tristes destinos! (*Aplausos*). ¡Ah! En las últimas elecciones que hizo el Sr. Silvela, la antevíspera de la votación recibió el gobernador de Guipúzcoa un telegrama (no del ministro seguramente, sino del subsecretario señor Sánchez Toca, en colaboración con el Sr. Pidal y Mon y el Sr. Marqués de Cerralbo que en aquello le asistían), diciéndole que su principal compromiso y primera obligación con el gobierno era mi derrota en Azpeitia, y fulminando ridículas amenazas contra los que fuesen osados á apoyar mi candidatura, en términos que si salí diputado no fué porque ellos no hicieran contra mí cuanto pudieron, y harto más de lo que permiten la ley y el político decoro; en las elecciones siguientes fueron los fusionistas con los carlistas los que me llenaron un acta de toda especie de ácidos y raspaduras, y los conservadores de uno y otro matiz fueron sus cómplices para tenerme á las puertas de las Cortes mientras duraron, sin que mi acta se discutiese hasta el fin, aunque diciéndome todos, eso sí, desde el Sr. Sagasta hasta el Sr. Silvela, y diciéndoselo unos á otros en el salón de conferencias y los pasillos, que escándalo igual no tenía ejemplo ni en los fastos del parlamentarismo, donde ya parecía imposible una nueva iniquidad; en las elecciones últimas, porque no quise apoyar en San Sebastián á un liberal conservador, miembro además de las grandes empresas judías y no judías que nos están explotando, y preferí un candidato católico y fuerista, el gobierno decretó que yo no fuese diputado, y aunque nadie pudo impedir que tuviese más votación que nunca, las alcaldadas del gobernador dirigido de cerca por el Sr. Sánchez Toca, y los billetes de Banco, de debajo de la tierra sacaron votos que decidiesen la elec-

ción contra mí; sin que me valiese la práctica constante de tener abiertas de par en par las puertas del parlamento para todos los jefes de partidos y fracciones: nueva y plenísima prueba de que nosotros somos los únicos que estorbamos en todas partes. (*Aplausos.*) Mas, por lo visto, para todos hay barredera. Si á mí no me dejaron entrar, á las demás oposiciones las han hecho salir. (*Risas.*) Todos estamos iguales. Y si quieren que las oigan, tienen que buscarse la vida, é ir de la ceca á la meca apellidando venganza y llorando su desventura. (*Grandes risas.*)

Con el banderín de enganche enarbolado por el Sr. Silvela, y con el que acaban de enarbolar los fusionistas, está probado en sesenta años de experiencia, no se salvan los pueblos, antes esos banderines han traído sobre España más plagas que las de Egipto; pero además, y esto es más consolador, tampoco puede salvarse el parlamentarismo.

En Madrid limitan todos á desplegar el banderín político, liberal y parlamentario; en lo religioso, á lo sumo, el Sr. Silvela se permite invocar á una Providencia anónima, que no debe ser la de Jesucristo, porque le llamaría con su nombre adorable, y más tiene trazas de ser el dios constitucional, que ni reina ni gobierna, de liberales y rationalistas. Pero en provincias, los silvelistas, singularmente en regiones tan piadosas como Valencia, también parece que quieren acreditar su banderín religioso. Por lo menos el periódico silvelista *Las Provincias*, echándolas de celoso guardador de los derechos pontificios, ha pedido estrecha cuenta á un diario carlista, *El Regional*, de no haber transcritó ó haber tardado en transcribir de *L' Osservatore Romano*, á quien *Las Provincias* supone órgano de la Santa Sede, cierto artículo acerca de los católicos franceses que las agencias telegráficas supusieron y los periódicos liberales y mestizos llaman *instrucciones de Su Santidad*. Y ciertamente, edifica el fervor ultramontano y el ardiente celo que á última hora les ha entrado y enardece á inflama á los silvelistas; sobre todo, recordando que el Sr. Silvela fué el ministro encargado de amenazar á la Iglesia de Dios en pleno parlamento con la *potestad tuitiva* y las *regalías de la Corona* inventadas por los golillas y pelucones de Carlos III, si el Papa no hacia callar al venerable Obispo de Plasencia cuando dió aquella Pastoral famosísima de que los católicos, agradecidos y entusiasmados, hicimos una edición monumental; recordando que el Sr. Villaverde fué el ministro de Gracia y Justicia que se dignó conceder indulto á los curas de Elorrio y Castillo Elejabeitia, como si necesitasen perdón, como si fuese delito haber predicado las enseñanzas pontificias á sus feligreses desde el púlpito de sus parroquias; recordando que los silvelistas formaban parte del

gobierno que arrojó del púlpito al P. Mon por enseñar la moral de Cristo á los grandes y poderosos (cosa que sufría con paciencia á sus predicadores la soberbia de Luis XIV), y que formó causa al P. Garagarza por repetir enseñanzas del Papa, y puso polizontes en la parroquia de Lequeitio, para que no se predicase sino lo que al gobierno pluguiese; recordando que los silvelistas estaban con el Sr. Cánovas del Castillo cuando dijo, con aprobación y aplauso de ellos, que el despojo del poder temporal del Papa era asunto particular de la política interior de Italia, y no importaba á los españoles, como no fuese para tener un embajador en la Corte de los sacrilegos usurpadores; recordando, en fin, que los silvelistas han sido cómplices y aun actores en la perpetración del artículo 11, conculcando la verdad y la justicia, violando el Concordato en su parte más esencial, despreciando las reclamaciones del Papa, y en todas las agresiones del liberalismo conservador á los derechos y libertad de la Iglesia católica. (*Aplausos.*)

En lo que toca á los carlistas ellos contestarán, si no han contestado ya, lo que vieren convenirles; pero en el argumento de *Las Provincias* hay algo que nos alcanza á nosotros, y á eso quiero yo contestar.

Y lo primero de todo, para que tenga más fuerza su argumento, para que haya materia de discusión, sea aconsejar á *Las Provincias* que no se ande por las ramas, que vaya á la raíz, que acuda á la fuente misma, que no se contente con citar un artículo de periódico, que invoque el texto pontificio que es lo que tiene autoridad y no deja escape entre someterse ó rebelarse. Porque *L' Osservatore Romano*, en suma, no es más ni menos que otro periódico cualquiera; un periódico no es ninguna institución canónica; si porque *L' Osservatore* publica algunas veces documentos pontificios, noticias del Vaticano, notas de la Secretaría de Estado, se le ha de llamar órgano oficioso de la Santa Sede, eso mismo hacen los diarios católicos de Madrid, incluso el *Siglo Futuro* (y excluyendo por supuesto á los amigos de *Las Provincias*), que también publican los documentos, notas y noticias que suele enviarles la Nunciatura. Y lo que *Las Provincias* llama *instrucciones del Vaticano*, no son sino un artículo anónimo que *L' Osservatore* dice haber recibido de origen autorizado, en que no se dice nada nuevo, que á nadie obliga, ni á nada nuevo ni viejo, y donde no se hace más que comentar más ó menos libremente las Cartas que ha tiempo dirigió el Papa á los franceses. ¿Por qué se ha de contentar *Las Provincias* con un artículo anónimo, con un comentario de periódico, teniendo á su disposición y pudiendo invocar el mismo texto pontificio?

Las Cartas del Papa, esas, esas tienen autoridad. Y dice bien *Las Provincias*: los católicos están obligados á acatarlas y obedecerlas. Y en esas Cartas hay algo concreto y determinado que sólo tiene

aplicación en Francia, y debe ser obedecido por los católicos franceses. *Las Provincias* dice bien; pero hay además algo general y de doctrina aplicable á todas partes y en todo tiempo, que también deben acatar y obedecer los católicos españoles; también en esto tiene razón y razón evidente *Las Provincias*, y no hay más remedio que dársela, y yo se la doy con muchísimo gusto y fina voluntad.

Pero lo que en esas Cartas hay de doctrinal y general, que real y verdaderamente obliga á todos en todas partes, y es además doctrina corriente de derecho natural y aun verdad de sentido común, es que no hay ninguna forma de gobierno que sea eterna ni inmortal; que las formas de gobierno son contingentes, cambian y perecen; que no sólo las formas de gobierno, pero aun la misma legitimidad soberana se acaba y extingue; que aun del hecho más injusto y violento, que aun de las entrañas mismas de la revolución salen á veces gobiernos que, no la injusticia del hecho, pero la suprema razón del bien común puede hacer respetables y consolidar y hasta legitimar. Y lo que en esas Cartas hay de concreto y determinado es que esa misma suprema razón de la pro general aconseja en Francia á los católicos, no sólo sujetarse respetuosamente al poder constituido como en España, sino aceptar la república.

Ahora, ¿quién son los que en Francia cumplen y quién los que se niegan á cumplir lo que en esas Cartas hay concreto, determinado y aplicable á los franceses? Los católicos que ahora están ó en otro tiempo estuvieron con nosotros, todos, sin excepción, han obedecido y aceptado la república. Unos, los *ralliés*, ó más bien *resellados*, y á la cabeza de ellos *L' Univers*, van más allá de lo que el Papa dice en sus Cartas, pues no sólo aceptan la república, sino favorecen más ó menos disimuladamente y están haciendo el juego á los gobiernos judíos y masónicos de la república; otros, como el ilustre Arzobispo de Aix, Monseñor de Cabrières y tantos otros, no quieren llamarse *ralliés*, no quieren resellarse ni ser más que católicos y franceses, hacen vigorosa oposición á los malos gobernantes, no se conforman con que el gobierno de la república sea hostil á la Iglesia y no cristiano (y eso mismo manda hacer el Papa en esas Cartas); pero también se sujetan al poder constituido y aceptan la república. Los que de ninguna manera quieren obedecer al Papa, y le niegan jurisdicción y competencia para entender y mandar en esto, y no aceptan la república, y creen que todo se compone con la monarquía en que esa república se engendró, y dicen que en lo político ellos no son del Papa sino de Napoleón ó del duque de Orleans, los *refractarios*, en fin, como allí los llaman, en castellano rebeldes, desobedientes, insurgentes, discolos, son los bonapartistas, son los orleanistas ó legitimistas ya fundidos en uno, son los monárquicos constitucionales, son los conservadores, son los amigos de *Las Provincias*, con *selección* y todo, pues uno de los artículos de su programa es hacer *selección*

para excluir á los ladrones del Panamá, que están, eso es indudable, con los gobiernos republicanos. (*Grandes risas y aplausos*).

Y en España, ¿quién se opone á la doctrina general de las Cartas pontificias á los franceses? No ciertamente los que estamos diciendo, aun antes de que el Papa se lo recordase á los franceses, que las formas de gobierno son contingentes y cambian y se mudan, que hasta las legitimidades se pueden perder, que eso está en segundo término, y es accidental y accesorio, y ha de subordinarse á la suprema razón del bien común, á los derechos supremos de Dios y de la patria. Quien á eso se opone, entre otros, es el Sr. Cánovas del Castillo, que se permite la enormidad de aplicar á la monarquía constitucional y parlamentaria una palabra que la teología reservaba á las Divinas Personas de la Santísima Trinidad, diciendo que la monarquía que él sustenta es consustancial á España, esto es, de su misma y única sustancia, naturaleza y esencia, que parece que en su género no es posible imaginar dislate mayor. Pero no repliquen los silvelistas, que no tienen ellos que ver con el Sr. Cánovas, porque en esto no hay divergencia entre conservadores ortodoxos y heterodoxos; y el Sr. Vilaverde, marqués de Pozo-Rubio y lugarteniente mayor del Sr. Silvela, ganó la palma al presidente del consejo y aumentó en tercio y quinto el despropósito diciendo, en una discusión en que yo intervine para protestar contra tamaño absurdo, que «la monarquía es» «para todos los monárquicos constitucionales una institución verdadera, suficiente,» «una institución esencial, no una mera forma ni un accidente; una institución que se determina á sí misma:» y como toda obra es determinada por las condiciones que le pone su autor, toda criatura por la naturaleza y leyes que le puso el Creador, y solo Dios se determina á sí mismo, resulta que la monarquía constitucional y parlamentaria es, según los silvelistas, la misma divinidad, el dios de los conservadores. (*Grandes aplausos.*)

De manera que los amigos de *Las Provincias* son los que desacatan, desobedecen y desprecian en Francia y en España lo que en las Cartas del Papa hay concreto y determinado á los franceses, y lo que es general y alcanza á los españoles. Pero ¿por ventura obedecen lo que la Santa Sede ha dicho á los españoles directamente? En el discurso de León XIII á los peregrinos españoles se nos dice, no que aceptemos la forma establecida, como se dijo á los franceses, sino sólo que nos sujetemos respetuosamente á los poderes constituidos; el Cardenal Sanz y Forés y los diez y seis Prelados que estuvieron en la romería añaden que cumple esta prescripción quien vive sumiso á las leyes, y, según las que hoy rigen, un español, y hasta un senador y un diputado, puede legalmente ser carlista, republicano, y hasta socialista y anarquista si quiere; y el mismo Papa, en la Encíclica *Cum multa* á los Prelados de España, dice que nadie tiene que renunciar á sus ideas si son conformes á la verdad y la justicia,

y todos pueden honestamente defenderlas en su lugar propio. Pero *Las Provincias* no quiere que el Papa diga eso; á *Las Provincias* no le basta que nos sujetemos al poder constituido y monopolizado á turno por Cánovas y Sagasta; *Las Provincias* quiere, aunque el Papa no lo diga, que doblemos la rodilla y adoremos á su dios, y en cambio hace caso omiso de que en esa misma Encíclica y en ese mismo discurso nos manda el Papa seguir las huellas de nuestros mayores, pelear sin tregua ni descanso contra el cisma y la herejía, mantener íntegra la unidad de nuestras creencias y la absoluta intransigencia con toda doctrina falsa, procurar el *ritorno assoluto* de todos los principios católicos de aquellas católicas tradiciones que empiezan en los Concilios toledanos y resplandecen en toda nuestra gloriosa historia. (*Aplausos.*)

Dijo *Las Provincias* al *Regional* que si no transcribía las instrucciones del Papa á los franceses se podría creer «que su supuesta religiosidad es una impostura audaz y una farsa indigna.» Pero si las órdenes del Papa en el gobierno de la Iglesia y dirección de los católicos obligan en conciencia, también obligan las enseñanzas de su magisterio infalible. Con magisterio infalible enseña el Papa, y *Las Provincias* está obligada á confesar y publicar con fe humilde, que el liberalismo es pecado, que las libertades de imprenta y de conciencia y todas las liberales son libertades de perdición y libertinaje y desenfreno, que peca mortalmente quien rompe ó quebranta la subordinación del poder temporal al espiritual, que el artículo 11 conculca todos los derechos de la verdad y la justicia y el Concordato en su parte más esencial, que el derecho nuevo ó liberal está maldito y hay que restaurar el derecho cristiano, que los partidarios de esa maldita secta política del liberalismo y de esas condenadas ideas liberales son *imitadores de Lucifer*. Y á mí no me gustan las palabras gordas, mil veces prefiero el estilo ático y fino del Sr. Silvela; pero donde las dan las toman, y si *Las Provincias* no reproduce y el silvelismo no confiesa esas enseñanzas infalibles del Vicario de Jesucristo que los condenan, con más razón que *Las Provincias* al *Regional*, se les puede decir á ellos «que su supuesta religiosidad es una impostura audaz y una farsa indigna.» (*Grandes aplausos.*)

Si estuviese al alcance de mi voz, de buena gana preguntaría: ¿pero de veras cree el Sr. Silvela que el Sr. Cánovas del Castillo es la única plaga y calamidad de España? ¿De veras imagina que la bofetada del Sr. Duque de Tetuán ha sido la llave que ha abierto la caja de Pandora, y que todas las desventuras de España han empezado cuando las minorías se retiraron de las Cámaras, ó á lo sumo cuando él salió del ministerio y regañó con el Sr. Cánovas? ¿Formalmente se atreverá á decirnos que España se salva y todo se arregla

con que el Sr. Cánovas se vaya con sus paniaguados y venga el señor Sagasta con los suyos? ¡Eran en tiempo del Sr. Silvela formales las elecciones, verdaderos los presupuestos, y no había las mismas trampas, las mismas farsas, las mismas irregularidades, iguales gabelas, idénticos aprietos, no menos iniquidades y miseria no menos espantosa, todo el montón de desdichas y desastres que como bola de nieve va rodando y creciendo y devestándolo todo desde que el año 34 vinieron juntos sobre España el cólera morbo y el sistema parlamentario?

¡Que lo que no puede tolerarse es el gobierno personal del señor Cánovas! Pero no parece sino que en los gobiernos anteriores los ministros no amañaban las mayorías á su gusto, para que no hiciesen más que lo que quisiesen las personas de los ministros. O que no era ministro del Sr. Cánovas el Sr. Silvela cuando el Sr. Pidal proclamó, con aplauso unánime de la mayoría, que el partido conservador no tenía más pensamiento ni otra voluntad que lo que se le antojase discurrir y mandar á la persona del Sr. Cánovas.

Lo que hay es que en tierra de ciegos el tuerto es rey. Y el señor Cánovas del Castillo no es lo que se llama un carácter, sino todo lo contrario; su sistema de gobierno es el sistema de transacciones y componendas de todos los entendimientos sin convicciones ó incrédulos, de todas las voluntades sin energía, acomodaticias y flojas, viendo al día y cómo se pueda, conformándose y dejándose ir con el correr de las cosas, trampeando con todo y con todos, cediendo á los revolucionarios fieros para que la revolución no se irrite, cegando con polvos de oro á los católicos para que dejen hacer, dando á los Estados Unidos cuanto le quieren pedir para que no se enfaden, ofreciendo á los mambises cuanto pueden desear á ver si así se contentan; no resistiendo brioso más que á las reclamaciones de la Iglesia, del Papa y los Prelados, porque no tienen fuerzas materiales para hacerse temer, ni resolución y alientos los católicos para hacerla respetar. (*Muy bien, aplausos.*)

El Sr. Cánovas del Castillo no es un carácter; pero es un mal genio. (*Grandes risas.*) Y como ha visto á los fusionistas divididos, á los silvelistas deshechos, á los republicanos despedazándose, al poder moderador sin tener á dónde volver los ojos, ha dicho, y ha hecho muy bien:—aquí cobro yo el barato, y á paseo todo el mundo. (*Risas*). ¿No queréis aguantar al Sr. Bosch en el ministerio? Pues allí le tuvisteis hasta que él se quiso ir, y á mí empezó á molestarme el Sr. Romero Robledo. (*Risas*.) ¿Que el Sr. Castellano os parece corto y el Sr. Navarro Reverter os parece largo para ministros? (*Risas*). Pues con el tiempo iréis acostumbrando los ojos á lo diminuto del uno y lo excesivo del otro. ¿Que no queréis á Weyler en Cuba? Pues le declaro inamovible. ¿Que todas las minorías se apropián la bofetada del ministro de Estado al senador Sr. Comas? Pues buan provecho os

haga, y ahí me las den todas, y ya tenéis bofetada y duque de Tuán para rato. (*Risas*). ¿Que las minorías se enfadan, dicen que ya no juegan y se van? Pues la del hamo, y váyanse con viento fresco, y cuanto menos bulto más claridad, y así saco adelante mis reformas y mis nuevos tributos en menos tiempo y con menos gasto de saliva. (*Risas*). ¿Que ponéis el grito en el cielo? Pues chillad lo que queráis y apurad hasta el cabo el derecho natural del pataleo, paisanos y militares, fusionistas, silvelistas, republicanos, y los carlistas también, y los integros de añadidura; pero aquí mando yo, y hago lo que se me antoja, y ni al balcón se asoma nadie, por alto que esté el balcón, á saludar á un general victorioso sin mi permiso, ó sin darme satisfacción cumplida y pública de haberse asomado sin mi licencia. (*Aplausos estrepitosos.*)

¿Os parece demasiado lo que hace el Sr. Cánovas? Os confieso que á mi me parece poco. En tan completa carencia de caracteres consuela ver al menos un mal genio, y me da gana de aplaudir el garbo y desahogo con que el Sr. Cánovas trata á los partidos y á los pueblos como su mansedumbre merece. Y eso sirve de dato, y más bien es prueba plena de lo que podría hacer un hombre, y aun una mujer, que en vez de mal genio tuviera mediano carácter, y desde lo alto del poder tomase á empeño, no satisfacer su amor propio, sino salvar y restaurar á España: haría cuanto quisiera y fuese menester, y sin que nadie lo impidiese, ni aun chistase siquiera, haciéndolo bien y de veras. (*Grandes aplausos.*)

El discurso que tenéis la bondad de estar escuchando, tiene la rarísima singularidad de haber sido discutido antes que pronunciado, desde que las agencias telegráficas anunciaron que se iba á pronunciar; y lo más notable que de él se ha dicho es que iba á hablar de la guerra de Cuba y que era yo incompetente para tratar ese asunto: como si hubiese interés en apartar la atención general de lo que nuestro partido piensa en este asunto, ó quitarle autoridad é importancia cuando menos.

¡Cosa como ella! En el siglo XVI, que verdaderamente no era el siglo XIX, los más humildes y rudos pecheros podían, por conducto de sus procuradores, no ya discutir, sino desaprobar y condensar las gloriosas empresas de Carlos V, negándole medios para llevarlas á término. Si, cuando el Gran Capitán acababa de conquistar un reino para España, no le hubiese pedido Fernando V cuenta de lo que había gastado, hasta el último maravedí, los más rudos y humildes pecheros hubieran sido competentísimos para encargar á sus procuradores que representasen contra la apatía del rey y los gastos del conquistador. Y ahora que no tenemos conquistas de reinos, ni gloriosas empresas, ni al Gran Capitán, ni á Carlos V, pero tenemos

el precioso derecho de emitir libremente todas nuestras ideas, por disparatadas que sean, y aun para dudar de Dios y renegar de cuan-
to nos ha legado la experiencia de los siglos; ahora que el sufragio
universal y el jurado nos hace á todos jueces supremos en todos los
asuntos particulares y en todos los negocios públicos; ahora se nos
niega la competencia para averiguar, siquiera, por qué cada año se
nos saca más dinero del bolsillo y se malgasta sin fruto ni resultado,
por qué se nos priva de los brazos más sanos y los cuerpos más ro-
bustos para que vayan, hambrientos y medio desnudos, á pasar tra-
bajos estériles, á inutilizarse y morir sin provecho de la patria en
los hospitales de Cuba. Y si lo que se me niega es el conocimiento
técnico de la táctica y la estrategia para juzgar de los movimientos
militares, responderé que lo que más me falta es conocimiento y aun
noticia de que haya ningún plan estratégico ni táctico de que poder
juzgar; responderé que la dificultad no está en la táctica y la estrate-
gia, y con firme voluntad y completa libertad, cualquiera de nues-
tros generales, con sólo el valor de nuestros soldados, habría tenido
de sobra para acabar desde los comienzos con aquellas bandas de
foragidos; y responderé, sobre todo, que el nudo de la cuestión no
está en Cuba, sino aquí, ni es militar, sino político. ¿Por qué, si no,
por qué no se envió desde el principio al general Polavieja, ó otro de
sus condiciones, á acabar la guerra grande como se acabó la guerra
chica, y se prefirió al general Martínez Campos con la táctica y la
estrategia y el recuerdo desastroso del Zanjón, y si se envió al gene-
ral Weyler cuando Martínez Campos hubo fracasado, fué para hacer
elecciones y plantear las reformas? (*Aprobación.*)

El nudo de la cuestión está aquí, y no es de hoy ni de ayer, sino
contemporáneo de Riego. (*Muy bien.*)

Bien creo yo que cuantos me oís le conocéis, y de corazón le
odiáis, á lo menos por sus efectos; pero no sé si todos os habréis pa-
rado á considerar lo que es y en qué consiste en sí mismo y como
maquinaria, y aun descartando el espíritu maldito que lo informa y
prescindiendo del abismo de crímenes y maldades á que sirve de ta-
padera, ese teje maneje que se llama el *juego de los partidos*, ó también
el *juego de las instituciones*, que ya mi padre decía treinta años ha
en el Congreso que debía incluirse, como el *monte*, el *bacarral* y la
ruleta, entre los juegos prohibidos. (*Risas.*)

Pues se reduce á lo siguiente. En primer lugar, los partidos sue-
len dividirse en legales e ilegales; y si esta denominación parece im-
propria porque ya la ley los declara á todos lícitos y libres, digamos
que hay partidos liberales de actualidad, en otros tiempos el mode-
rado, el progresista, la unión liberal, ahora el conservador y el fu-
sionista, que se contentan, como punto de partida, con los progresos

ya conseguidos y las libertades ya conquistadas, y se encargan de ir aclimatándolos y desenvolviéndolos poco á poco ó mucho á mucho, según lo permitan las circunstancias; y hay partidos más avanzados, partidos de lo porvenir, que esperan con más ó menos paciencia á que la libertad y el progreso estén más desenvueltos para encaramarse al poder, y empujan á los otros para que se den prisa á desenveloperlos. Los partidos de la actualidad turnan en el poder, á veces tranquilamente, á veces por el antiguo sistema de los pronunciamientos y las barricadas; y se multiplican cuando hay exceso de jefes y dos solos no dan abasto á todas las ambiciones, pero común y ordinariamente son dos: uno más progresista y radical, encargado de ir proponiendo y planteando las reformas, las conquistas de la libertad y el progreso; y otro, de idéntica sustancia liberal y de la misma piel del demonio (*risas*), que se encarga primero de resistir y discutir, y luego de consolidar y asegurar las conquistas del compañero. En este juego de compadres sirve el uno para ir calmando á los más impacientes, que todo quisieran llevarlo á sangre y fuego, y á veces para absorberlos haciendo suyos á los más contentadizos, como sucedió hace poco con los amigos del Sr. Castelar que se dejaron nombrar ministros y directores por el Sr. Sagasta; sirve el otro para hacer creer al pueblo que ora, trabaja y paga todos los gastos, que hay quien mira por sus creencias, sus instituciones más queridas, los derechos y tradiciones con que está más encariñado, y cuando la jugada está hecha y una tradición más por el suelo y tenemos encima una nueva calamidad, sirve para consolarnos con la consideración de que no hay más remedio que conformarse, que así lo exige la realidad y la razón del mal menor, ó la teoría del *per se* y el *per accidens*, ó la indestructibilidad de los hechos consumados, con que también se dejan convencer y absorber muchos prudentes del lado opuesto; y, con ese ten con ten, ambos partidos sirven de ruedas al carro triunfal de la revolución ó el liberalismo. Sigue alguna vez que una rueda se sale, y allá va el carro liberal dando tumbos por cualquier despeñadero, como el de la revolución de Setiembre, y parece que ya se llevan los demonios lo que es suyo (*risas*); pero suele el partido más conservador acudir por un atajo, el de Sagunto por ejemplo, á componer los desperfectos; y tomando las cosas donde las encuentra, y sin más que mudar los nombres de libertad de cultos en tolerancia religiosa é invocar con mayores y más vivas voces las exigencias de la realidad y el mal menor y la hipótesis, continua desde allí, multiplicadas de repente con el vuelco, la historia de las conquistas revolucionarias. Mas cuando no hay vuelcos, en el juego normal y tranquilo, las cosas pasan como pasaron el sufragio universal y el jurado según nos contó un día el Sr. Silvela defendiéndose de la nota de inconsecuencia: los conservadores los rechazaban y consideraban funestos; pero desde que el Sr. Sagasta los puso en su

programa, el partido hubo de resignarse á impugnarlos teóricamente, y en la práctica aceptarlos en cuanto el Sr. Sagasta los convirtiese en ley; porque ese es el oficio del partido conservador, consolidar los estropicios que el otro hace. Y el Sr. Sagasta, que tampoco los quería, tampoco tuvo más remedio que incluirlos en su programa desde el momento en que los partidos republicanos lo exigieron; porque ese es el oficio del partido más avanzado de la monarquía, quitar armas á la república, hacer innecesario su advenimiento, demostrar que al amparo de la monarquía cabe toda la obra liberal y á su amor pueden desenvolverse y llegar hasta su fin y remate todas las conquistas revolucionarias. ¡Fecundísimo juego en que todos ganan á costa de España, única que lo paga y pierde todo! Así han ido calando y fructificando y tomando asiento hasta las últimas heces que la revolución de Setiembre había desacreditado y hecho aborrecibles; así han ido tomando posesión de la monarquía, sin dar su brazo á torcer, los hombres de Alcolea y aun los antiguos héroes de barricada. ¡Y hay filósofo eximio que, á pesar de las ruedas y el rumbo de los carreteros, quiere uncirnos al carro! ¡Y hay preclaros teólogos que, á pesar del carro, quieren abrazarnos á los que van dentro autorizando el juego, oyendo Misa y rezando el rosario! (*Risas y aplausos.*)

Con las reformas y la autonomía de Cuba sucede lo mismo que con el sufragio universal, el jurado y todas las libertades que nos rigen; son un progreso liberal, son una conquista revolucionaria, y tenían que venir con el juego de los partidos, como vendrá la emancipación si Dios no lo remedia, como vino la emancipación de las demás colonias americanas por decreto de las logias allá, y con la complicidad de los liberales de aquí, que se dedicaron á entronizar el sistema constitucional en España con las fuerzas destinadas á defender la integridad de la patria en América.

No hay quien ignore que las tales reformas son un desastre; no hay quien dude que con ellas se prepara y favorece la emancipación; hasta que el Sr. Maura las aceptó, el mismo partido fusionista lo demostraba y encarecía, impugnándolas por antipatrióticas, y aun después de incluidas en su programa hubo muchos fusionistas que por antipatrióticas siguieron impugnándolas; hasta hace cuatro años los conservadores hacían caso de honra oponerse á las reformas, por leves que fueran; y á los silvelistas, á los romeristas, y sobre todo, á los que en Cuba tienen intereses que perder, todavía les cuesta trabajo conformarse con las reformas. Y eso en lo público, que privadamente no hay uno que no reconozca y declare que las reformas significan la pérdida ingloriosa de Cuba á corto plazo.

Ni hay ni puede haber quien espere ni imagine que con estas concesiones se aquietarán los rebeldes, se ablandarán los Estados Unidos, tendremos siquiera unos años de tregua y de respiro; todos saben que eso sirve sólo para alentar y ensobrecer á los

enemigos de España. Cuando se discutieron las reformas del señor Maura tuvo el Sr. Cánovas que explicar la contradicción é inconsecuencia en que iba á incurrir votando lo que tanto tiempo y con tanto tesón había impugnado; y la única explicación pertinente que dió, el fin y sustancia de todo su discurso, fué decir que con aquellas reformas se aseguraba la paz en las Antillas por todo el tiempo que la previsión humana podía alcanzar: y, en efecto, cuando el discurso del Sr. Cánovas llegaba á la Habana, llegaban á Madrid los primeros ecos de la insurrección. ¡Así son de perspicaces los profetas y de previsores los políticos más eminentes de nuestros días! A pesar de eso, el Sr. Cánovas ha querido acabar la guerra uniendo á la *acción militar* la *acción diplomática* y la *acción política*, como dicen; no hay indemnización ni humillación que nos haya pedido el gobierno anglo-americano que no le haya otorgado el Sr. Cánovas; las reformas del Sr. Maura le parecieron poco, y el Sr. Cánovas concede á un Consejo ó Parlamento, á la Diputación y á los municipios cubanos, la Hacienda, las Obras públicas, las Comunicaciones, los Aranceles, toda la vida regional y municipal presente de la isla, y más aun la futura, pues también les concede la instrucción pública para que formen las generaciones venideras á su gusto; el Sr. Cánovas arbola y arma el buque, alza velas, le pone vapor y hasta enciende la máquina, para que á la tripulación no le quede más trabajo que cortar el cable á la primera ocasión y apartarse tranquilamente del puerto. (*Aplausos.*) Y con todo eso, los mambises no se dan por satisfechos; y ya, ni á la perspicacia profética del Sr. Cánovas pue de seducir ni engañar la virtud pacificadora de las reformas. (*Risas.*)

Pero las reformas, la autonomía, y en fin, la emancipación de Cuba están en los principios de la escuela liberal, se engendran y decretan en las mismas logias de donde salieron todos los partidos liberales; liberales son los cubanos que las piden; y aunque haya partidos menos exaltados que algún tiempo las resistan, como resistían el jurado y el sufragio universal, al fin y al cabo, no había remedio, tenían que ponerse á discusión con el juego de los partidos. Desde el punto y hora en que los republicanos peninsulares, el señor Pi y Margall, el Sr. Salmerón, haciendo coro á sus hermanos de Ultramar, tuvieron la desfachatez de proclamar que cuando las colonias llegan á ser adultas deben emanciparse, pudo contarse como seguro que más tarde ó más temprano los partidos monárquicos se dedicarían á preparar la emancipación. Desde el momento en que los republicanos comenzaron á defender la autonomía y las reformas, no se podía dudar que el Sr. Sagasta las escribiría de una ó otra forma en su bandera; y desde el instante en que el Sr. Sagasta las incluyese en su programa, era sabido que los conservadores se habían de resignar á impugnarlas teóricamente y aceptarlas y consolidarlas en la práctica. Y tan apretadas y universales son las condiciones de este juego,

que nada exceptúan ni á nadie perdonan; buena prueba es el Sr. Silvela que todavía protesta, para hacerse popular, contra este nuevo desastre, contra esta gran vergüenza, contra esta increíble ignominia; que todavía dice que las reformas acaban en Cuba con la «influencia» de nuestra civilización, el gobierno por nuestra raza, la extensión de nuestra nacionalidad, lo que constituye «los vínculos de una metrópoli con sus provincias ultramarinas;» que todavía añade «que las reformas significan la dimisión solemnemente presentada por España ante América de su derecho á gobernar las provincias de las Antillas;» y sabiendo todo eso, y confesándolo, y pregónandolo, entra sin embargo en el juego y declara que, «pacificada la isla, si se pacifica, las reformas han de aplicarse lealmente», esto es, con toda lealtad se han de dejar rotos los vínculos que unen á la isla con España, se ha de mantener la renuncia de España á gobernar en Cuba, se ha de ir á la emancipación de las colonias adultas predicada por el Sr. Salmerón y el Sr. Pi y Margall. (*Aplausos.*)

Pero ¿es verdad que los liberales en general y en particular los silvelistas creen que «hechas las reformas no hay nadie que pueda ser tan insensato que piense en «derogarlas», como ellos aseguran? ¿Acaso entienden que las libertades regionales y municipales son tan sagradas que no se puede lícitamente desposeer de ellas al que las posee? ¿O por ventura creen que no es razón ni justicia oponerse á la voluntad de los que reclaman tales libertades? No, no creen eso. No, eso no es verdad. Y no es falso con aquella especie de falsedad que se dice error, sino con aquella otra que se llama mentira. ¿Por qué, si no, el mismo Sr. Cánovas que da la autonomía á Cuba, sin exigirlo ningún derecho ó razón de justicia ni conveniencia, y no con riesgo, con evidente seguridad de facilitar la insurrección, por qué arrebató sus fueros á las Provincias Vascongadas, que tan felices eran con ellos, que los tenían asegurados por la santidad de pacto solemnísimo en que se fundó su incorporación al resto de España, confirmados por gloriosa y secular tradición, consagrados por largos y dichosos años de heroicos servicios y méritos sin número? (*Aplausos.*) ¿Por qué no se devuelven sus fueros á Navarra, sus fueros á Aragón, á Cataluña, á Valencia (*aplausos*), sus usos y buenos fueros y leyes tradicionales á Castilla? Canovistas, silvelistas, sagastinos, republicanos, condenan los fueros vascongados como privilegios odiosos, el *regionalismo* como una antiguaalla, el *catalanismo* como peligroso (sin perjuicio, eso es otra cosa, cuando se trata de adular á los pueblos y asegurar algún distrito, de que venga el Sr. Ministro á hablarnos de la *patria chica* y la *patria grande*, en idioma federal, perturbador y exótico que jamás usaron nuestros padres): ¿por qué se condenan los derechos tradicionales y sagrados de todas las regiones de la península, y solo se dan semejantes libertades á Cuba, que nunca las tuvo, ni las quiso, ni las necesitó, sin más fruto ni resultado po-

sible que envalentonar á los mambises y favorecer á la insurrección? (*Aplausos.*)

Los males son manifiestos, y en ellos tenemos que convenir todos; pero ¿tienen remedio? ¿Puede haber todavía esperanza de remedio para Cuba?

Sí, hay remedio para Cuba, y hasta para la península. Yo le conozco, y es infalible, y todos lo saben, y bien lo puedo alabar porque no es mío y acaba de probarse su eficacia. Yo sé cómo se acabaría la guerra de Cuba, y cómo se acabarían las desdichas de España: haciendo en Cuba, y además en la península, lo que el general Polavieja ha hecho en Filipinas. (*Atronadores aplausos que se reproducen varias veces.*)

Y pues he nombrado al general Polavieja, no pasaré adelante sin detenerme á enviarle, de lo íntimo del corazón, en vuestro nombre, en el mío, en el de todos nuestros amigos, un cariñoso saludo y un aplauso entusiasta. (*Nuevos y prolongados aplausos y aclamaciones.*)

No conozco sus opiniones políticas, ni aun sé si las tiene; pero conozco su campaña en Filipinas, su campaña en la que llaman guerra chica de Cuba; y sé que, desde hace muchos años de desastres y vergüenzas, es el único general, es el único español que ha dado triunfos y días de gloria á la patria. (*Grandes aplausos.*) No es esta ocasión, ni hay tiempo, ni necesidad de discutir sus planes de guerra, coronados por éxito tan rápido y completo que hará contraproducentes y ridiculos cuantos medios invente para oscurecerlo y achicarlo la envidia senil de quien no sufre alturas que le superen y hagan sombra, ni más gloria que la propia suya. (*Grandes y repetidos aplausos.*)

Pero aunque sus planes militares no hubieran sido tan evidentemente acertados, la victoria estuvo asegurada, y todos consideramos á la insurrección irremisiblemente vencida, desde el momento en que el general Polavieja puso el pie en Manila, y sin perder momento aplicó la segur á la raiz del mal, apuntó á sus cabezas, y los rebeldes, espantados, no pudieron dudar que habían dado con una autoridad resuelta y decidida á castigar el crimen, á restablecer el imperio de la justicia y el orden, y á hacer respetar el señorío de España. Y ese es el único remedio que hay para Cuba, y también para la península (*muy bien!*); y nunca hubo otro para semejantes males desde que hay sociedades después del pecado; ni le habrá, en el estado actual de los hombres, hasta la consumación de los siglos. (*Grandes aplausos.*)

Si; para acabar la guerra, la guerra; para extirpar las causas inmediatas de la guerra en Cuba, justicia implacable con los españoles traidores allí, y justicia implacable con los españoles que vayan de aquí, como los que nos describía el general Salamanca, no á servir

á España, sino á explotar á Cuba y á deshonrar á la metrópoli. (*Aplausos.*) Pero no basta acabar con la guerra y con sus causas inmediatas; es preciso arrancar de cuajo las raíces separatistas, y que retoñen, y crezcan, y prosperen, y se extiendan, hasta llenarlo y fecundarlo todo con su savia y con sus frutos, los gémenes antiguos del espíritu español; y eso no se logra con ocupaciones militares ni con la fuerza de las armas. Yo también quiero acción política; yo también soy partidario de reformas harto más radicales, más seguras y bien probadas que las propuestas hasta aquí; es necesario, es urgentísimo para salvar á Cuba, y salvarla para siempre, acabar de una vez con todas las libertades y conquistas liberales y revolucionarias que á nuestra vista han producido y están alentando la insurrección; hay que restablecer, pero inmediatamente para que no sea tarde, nuestra antigua incomparable legislación de Indias, asombro y admiración de propios y extraños, con que vivieron en paz y progresaron y se engrandecieron maravillosamente, un siglo y otro siglo, todos nuestros inmensos dominios americanos. (*Aplausos.*)

Y no bastaría la letra muerta de la ley; ni bastaría enviar á aplicarla hombres escogidísimos que tuviesen el espíritu cristiano y castizo de tan grandes leyes; hay que conquistar las almas de los pueblos, hay que ganarlas para Cristo y para España; y eso ni lo hacen directamente los gobiernos, ni los políticos, ni se hace con ejércitos, ni solamente con leyes, ni puede lograrse más que la Iglesia de Dios. Pero la Iglesia de Dios está allí completamente desatendida y postergada, muchas veces atropellada y desacatada por apóstatas y protestantes, y no pocas perseguida y ultrajada por los gobiernos liberales; la Iglesia de Dios no tiene allí los medios que necesita; en las ciudades no puede influir, ni la dejan, en el pueblo; en los campos no puede atender á la inmensa mayoría de la población que vive diseminada, en mucha parte errante, y casi toda por completo abandonada y sin amparo. Cura hay que, para hallar otro sacerdote con quien confesarse, tiene que andar veinte leguas, sin caminos, atravesando montes inaccesibles, torrentes y ríos sin puentes é invadearables, y otras veinte leguas para volver á su parroquia: ¿qué será de las almas y familias á quien la fecundidad del suelo permite vivir perdidas, como salvajes, en aquellas desamparadas soledades? Hay que dar fuerza y medios á la Iglesia, y hay que inundar á Cuba de misioneros; pero misioneros celosísimos, misioneros organizados y combinados, que vuelvan á emprender la obra acometida y lograda en los siglos XVI y XVII con tanta gloria de Dios, bien de las almas y beneficio de América y de España. Cuando se abolió la esclavitud no se pensó más que en la vana pompa del decreto y en el vano alarde de decir que se habían roto las cadenas de millares de esclavos, ó á lo sumo se tuvo cuenta con evitar perjuicios graves á los amos; del bien de los negros, principalmente de sus almas, nadie se acordó. Aunque no hubiera sido más que por patriotismo,

¿tan mal vendría ahora á España que la población negra se asemejara á los indios de aquellas regiones españolas que antes querían que los hiciesen pedazos que portugueses, cuando el absolutismo masónico de Borbones y Braganzas los quería permutar como si fuesen rebaños? ¡O á aquellos otros del Paraguay que, no dejándolos defenderse los misioneros, querían irse tras ellos cuando bárbara y tiránicamente los privaron de su gobierno paternal? ¡No hemos tenido en Filipinas, años y siglos, y en nuestros mismos días, ejemplo patente de lo que pueden los misioneros? ¡No escarmientaremos con los tagalos ni acabaremos de aprender lo que cuesta quebrantar la influencia de las órdenes religiosas, mucho más prescindir de ellas y de la Iglesia, en el gobierno de las colonias?

Y cuando hubiésemos acabado la guerra y extirpado las semillas de la discordia y asegurado la posesión y el amor de Cuba, habría que derramar sobre la Habana todos los tesoros, todas las grandezas, todos los medios que pudiéramos reunir y acumular de civilización y cultura; habría que resucitar aquellos célebres liceos y escuelas, fuentes y manantiales del saber, de las artes y buenas letras, que á los sesenta años de la conquista habían puesto á América á la altura intelectual de España y de Italia y por encima de las demás naciones; habría que atraer allí, á toda costa, y aun inventando y concediéndoles derechos que les halgasen, á los hijos de las repúblicas hispano-americanas que ahora van á educarse, formarse y tomar inspiración y ejemplo en los Estados Unidos ó en París; habría que convertir á la isla de Cuba en punto de cita y reunión de la raza española, comienzo de la federación cristiana, política y comercial en que debían unirse con estrechos lazos á su madre todas las naciones que tienen nuestra sangre y hablan nuestra lengua. (*Aplausos.*)

¡Tortura insufrible para los españoles, tener delante y ver tan claro el camino, y padecer sin esperanza bajo el poder de una política ruín y mezquina, sin alteza de miras, sin pensamiento, ni plan, ni previsión, ni más programa que vivir al día, á salga lo que saliere, temblando ante los Estados Unidos, cediendo ante los mambises, transigiendo con todo y con todos, y dejando que España se hunda en los abismos, con tal que entre tanto vivan y medren los amigos y paniaguados! (*Aplausos.*)

—Es muy cómodo hablar en la oposición,—me diría seguramente el Sr. Cánovas si yo pronunciase este discurso en el Congreso y hubiera él de contestarme:—en el gobierno ya veríamos qué hacían los que así me motejan, y si mostraban más ánimos que yo bajo el peso abrumador de las reclamaciones diarias y la amenaza continua de los Estados Unidos.—A lo cual el Sr. Silvela sólo acierta á replicar lamentando el aislamiento en que estamos, sin que haya una

sola potencia que nos tienda mano amiga ó siquiera nos dé alguna fuerza moral con una palabra de simpatía.

Y sobre esto, lo primero que me ocurre es que la actitud de los Estados Unidos no es nueva; la misma que hoy tienen desde el principio de la guerra; y si, supuesta esa actitud, no hay que hacer sino pagar á los *yankées* cuantas indemnizaciones nos quieran pedir, poner en libertad á cuantos rebeldes se dignen proteger, y reducir la guerra al infecundo tiroteo de guerrillas en que estamos hace ya años, podíamos haberlo pensado antes, y, á lo menos, haber ahorrado á España las lágrimas, el dinero, los inmensos sacrificios que le ha costado enviar á morir ó inutilizarse sin ningún fruto en América 250.000 hombres, con que bastaba y sobraba, sin la presión de los Estados Unidos, para haber acabado á estas horas con la insurrección, y con la isla entera si toda estuviese sublevada.

Y del aislamiento en que vivimos y el olvido en que nos tienen las naciones europeas, cabalmente cuando en Cuba, con la soberanía de España, se discuten los derechos de Europa en América, lo que hay que decir es que así paga el diablo á quien le sirve. Por no ser una excepción de los pueblos cultos, y parecernos á todos, renegamos de nuestro carácter propio, de nuestra representación histórica, de nuestra política tradicional y tradujimos malamente del francés, primeramente el absolutismo enciclopedista del pasado siglo, luego el sistema constitucional y parlamentario; para entrar de lleno en el concierto europeo, que era la frase consagrada hace treinta y cuarenta años, fuimos desencadenando sobre España todas las libertades de perdición imitando y reproduciendo cuantas revoluciones y desatinos hacían los demás; para abrir las puertas á los capitales extranjeros decían los progresistas que había que suprimir la unidad católica; el argumento Aquiles del Sr. Cánovas para establecer el artículo 11 fué la necesidad de complacer á las potencias extranjeras. Y el parlamentarismo y el liberalismo han arruinado y envilecido y destrozado á España; y los capitales extranjeros han venido, en efecto, á explotarnos con sus empresas, con sus usuras, con sus tratados de comercio, y á extraer hasta nuestra última moneda de oro y la última gota de nuestra sangre. Y después de tantos años de estar envileciéndonos, arruinándonos y perdiéndonos por incorporarnos al movimiento universal y dar gusto y parecer bien á las potencias extranjeras, nos encontramos con la novedad de que ninguna nos hace caso y entre todas nos dejan en la estacada. ¡Negocio redondo! (*Risas.*)

A decir verdad en esto de las alianzas tengo poquisima fe, y no espero nada ni aun de las que un amigo mío queridísimo ha propuesto en *El Siglo Futuro*. Si España hubiera sido fiel á sus destinos providenciales, si los gobiernos españoles no fuesen liberales y tuviesen cálculo, alcances, plan, pensamiento político, un sistema de alian-

zas podía haberse establecido que indudablemente nos hubiese dado en poco tiempo fuerza y consideración de gran potencia. En todas las naciones de Europa y de América hay fuerzas católicas, que en todas partes luchan, en muchas son perseguidas, y en ninguna tienen un poder amigo que las ampare ni tierra católica que pisar. España, liberal y revolucionaria, es el ludibrio de las naciones revolucionarias y liberales que para nada la necesitan; pero si España hubiera sido, como en sus buenos tiempos, brazo resuelto y campeón decidido de la causa católica en el mundo moderno, los católicos de todos los pueblos habrían tenido un cuartel general donde entenderse y concertarse, y quien los representase con voz y voto en el consejo de las naciones; España habría tenido en cada nación las simpatías y la influencia de las fuerzas católicas, y en el consejo de las naciones, con la representación y fuerzas propias, la representación y la fuerza total de la parte mejor y más sana de cada una de las demás y de todas juntas. Con exquisita prudencia y fortaleza inquebrantable, ¿qué no hubiera podido hacer y conseguir un hombre de Estado medianamente diestro manejando tales fuerzas y en semejantes condiciones? ¿Qué no hubieran podido ganar con tal lazo de unión las diversas fuerzas católicas, y qué no hubiera podido ganar España con tantos y tantos buenos apoyos en todas partes, con representación tan vasta y universal? Pero no siendo así, ¿qué alianza permanente puede sufrir un pueblo como España con el verdugo de los polacos y los católicos, con el imperio del Kulturcampf, con el Austria entregada á los judíos, con los carceleros del Papa, con los sayones de Irlanda, con los judíos y masones del latrocínio del Panamá? ¿Cómo tender la mano confiada, singularmente, á nuestros enemigos tradicionales de allende los Pirineos, á nuestra sucesora en Argel, ni á la detentadora de Gibraltar? Fuera de que en las alianzas con los poderosos, los débiles suelen servirles de ayuda en los trabajos de la guerra, y para satisfacer con sus despojos al enemigo en los tratados de paz... ¡Ojalá que nuestro aislamiento fuese tan grande, nuestras fronteras tan altas, y tan encrespadas las olas de nuestras costas, que nunca hubieran podido penetrar en España los libros y periódicos que corrompen y extranjerizan á nuestros pueblos, las modas y los productos que hacen guerra y empobrecen á nuestra industria, las empresas y los usureros que nos están esquilmando! (*Aplausos.*)

No es esto decir que alguna vez no convenga unir nuestra acción con quien tenga intereses que coincidan con los nuestros. Pero estas alianzas pasajeras y de momento no se buscan, se presentan; ni es prudente anticiparlas, exponiéndose á que, cuando llegue la ocasión crítica, hayan cambiado los términos de la cuestión ó las condiciones de los que en ella se interesan por complicaciones imprevistas; lo discreto es esperar en silencio la ocasión oportuna y estar alerta y pronto para aprovecharla. No son éstos los tiempos de D. Quijote,

y de nadie se ha de esperar que sin su cuenta y razón se meta á desfacedor de agravios y amparador de menesterosos. ¿Quién movió un pie ni dijo una palabra para impedir la inicua repartición de Polonia, ni el despojo de la Santa Sede y los príncipes italianos? ¿Quién tiene interés en que España conserve su soberanía en Cuba, ó qué podemos dar nosotros ahora á quien nos ayude á conservarla? Puédesel, no obstante, confiar en que, entablada la lucha con el pueblo de Monroe (y aunque antes no ocurran aquí sucesos que hagan conveniente y solicitada de unos ú otros nuestra amistad), surgirán incidentes, y una diplomacia hábil y experta los sabría provocar, que importen y pongan de nuestro lado á todas las potencias europeas que tengan algo que perder en América, y aun á los americanos que tienen mucho que temer de la ambición absorbente de los Estados Unidos.

Entre tanto no hay que perder la serenidad, que el miedo es mal consejero y sólo sirve para abultar los peligros y caer en ellos. No tenemos enfrente á un pueblo de soldados, sino de mercaderes; á un pueblo de gloriosa historia y grandes tradiciones que obligan, como los timbres heredados, á pelear por el honor de la casa, sino á una colección abigarrada de ricos improvisados, prófugos emigrantes de todas las naciones, que calculan y echan cuentas; á un pueblo heroico capaz de sacrificarlo todo por patriotismo, sino á unos grandes y poderosos especuladores que quieren á Cuba independiente para colocar mejor sus géneros. (*Aplausos*). No tienen ejércitos que enviar á ser batidos y deshechos, como los de Napoleón, en las breñas y cañadas de nuestros montes, y si quieren, que vengan (*aplausos*); no tienen en pie de guerra una marina formidable ni los grandes marinos se improvisan con dinero como se improvisan los barcos y las máquinas de guerra. Lo que tienen es una asombrosa marina mercante diseminada á todas horas por la inmensidad de los mares; una industria portentosa y un comercio incomparable que necesita libre toda la anchura del mar y francos todos los puertos y mercados en todo el mundo. Si cuanto piden les damos y cuanto quieren hacemos, ¿qué mucho que no se harten de pedir con avaricia de usureros y orgullo de advenedizos? Mas tengo para mí que la sola amenaza de publicar en la *Gaceta* la declaración de guerra á la república-modelo, y la licencia á los marineros de nuestras costas de armarse y salir á corso, bastaría para apagar los fuegos ó siquiera bajar los humos á la insolencia de los *yankees*. (*Aplausos*.) Y si no, mejor quizás. Vería el mundo á nuestros hombres de mar reproducir en el fragor de las olas las sorpresas, los asaltos, las hazañas de nuestros abuelos en las quiebras del Bruch, y en las asperezas de Sierra Morena, y en la huerta de Valencia, y en los muros de Zaragoza y Gerona, y en una y otra guerra civil; vería los buques del comercio norteamericano amontonados en los puertos, temerosos de darse á la mar y encontrar en cada escollo, tras de cada islote, y en las sombras

de la noche, y en los tumbos y retumbos de las olas alborotadas, nidos, enjambres de corsarios españoles, más diestros, más decididos y con más medios de destrucción que aquellos con que Barbarroja y Dragut y Uluc-Ali dominaban el Mediterráneo y desafían el poder de Carlos V, y de Génova y Venecia, y de todos los poderosos vencedores de Lepanto; y veríais, veríais á los diputados *yankées* pedir la paz á cualquier precio, pedir la libertad de los mares, pedir que no les quiten sus mercancías, ni echan á pique sus barcos, ni arruinase su comercio, con más desaforados gritos que ahora piden insolentes que se reconozca la beligerancia de los foragidos de la manigua. (*Aplausos.*) Si tal guerra se encendiese, ellos tendrían el peligro y el miedo de perder mucho; nosotros, fortificando bien nuestros puertos, y hasta ahí bien podemos llegar, no tenemos nada que perder, como no sea la sangre y el dinero que de todos modos estamos perdiendo sin fruto, por miedo á los Estados Unidos, en la sangría suelta de Cuba. Y en resolución, no hay más remedio que elegir: ó defenderse ó entregarse, ó poner el cuello para que impunemente nos lo corten con ignominia, ó pelear con esperanza de vencer, y en último extremo, caer con honra y morir matando; ó lanzarse á la pelea, suceda lo que suceda, y Dios proveerá, ó perder á Cuba después de haber derrochado y enterrado allí tantos tesoros de sangre y de dinero, y perder la vergüenza, y la honra, y la posibilidad de volver jamás á ser nación, y hacer saber á las gentes que de nosotros pueden hacer lo que quieran. En trances semejantes tiene España un general que siempre le aseguró el triunfo, y es el general *No importa*. (*Aplausos.*) Pero ¿qué sabe de eso y cómo ha de entender este lenguaje, castizamente español, el Sr. Cánovas del Castillo, que siente y piensa y no ha tenido inconveniente en decir públicamente, y con ridículo desdén, desde la Academia de la Historia, que las grandes empresas de los Reyes Católicos, y Cerinola, Pavia, Otumba y San Quintín son vanidades de la gente española? (*Grandes aplausos.*)

No, ni el que dice eso, ni los que lo oyen sin protesta, ni los que se dejan mandar por quien eso dice, pueden entender este otro idioma. Así, la solución de la guerra y de todas nuestras desdichas no está en Cuba, sino aquí; para defender á España hay que empezar por defenderla en la península; mal podrá librarse de los enemigos de allá si primero no se libra de los de aquí, y entra en orden, y vuelve á sus naturales quicios y asiento propio. Y á la hora en que el Sr. Cánovas fracasa, y el Sr. Silvela no encuentra más remedio que restaurar la apolillada causa de nuestras desdichas, y el Sr. Sagasta ni aun palabras claras tiene con que disimular su completa carencia de remedios y aun de expedientes, era ocasión propicia de exponer los que el partido católico nacional estima principales y necesarios.

Pero este discurso es ya tan largo y pesado, que sería impertinencia cansaros más y voy á ponerle término.

MUCHAS VOCES.—¡No, no!—¡Que hable, que hable!—Que descance si está fatigado, y siga.

EL SR. NOCEDAL.—Pues lo primero que España necesita y quiere para ser bien gobernada es devolver á la soberanía todos sus atributos, y que no viva bajo la tutela ejemplar de los vividores políticos, ni esté condenada á perpetua cadena parlamentaria, ni sometida á ministros responsables que no responden de nada, y barrer y raer del suelo de la patria á los partidos que con sus mayorías la tiranizan, y con sus juegos la pierden, y con su codicia y ambición la explotan y, esquilman. (*Grandes aplausos.*)

Un soberano que gobierne, legisle y administre justicia, con los ministros y consejeros que haya menester para asesorarse y ejercer su oficio con arreglo á las leyes establecidas, juradas y acatadas en primer término por el soberano mismo, y asistido de las Cortes de los Reinos. (*Aplausos.*)

Cortes, no parlamentarias; no de Cánovas, ni de Sagasta, ni de monárquicos ó republicanos, sino de España (*aplausos*); donde no estén representados los partidos, sino los pueblos, las clases sociales, los labradores, los industriales y comerciantes, nobles y plebeyos, ricos y pobres (*aplausos*), que vayan á pedir las leyes que necesiten, á exponer sus quejas y reclamaciones, á mirar por sus intereses y concertarlos, á dar ó negar su consentimiento cuando se trate de variar sus leyes fundamentales y todas las que están pactadas y juradas por el pueblo y el soberano, á dar su consejo y voto en los casos arduos, á fijar los tributos que puedan y deban pagar. (*Aplausos atronadores.*)

Hay que romper las mallas férreas de la centralización que nos agarrota y sujeta á la voluntad del ministro, del gobernador y del cacique, y restablecer nuestros antiguos fueros y tradiciones, que tantos siglos nos dieron de prosperidad y grandeza (*aplausos*); los fueros vascongados, los fueros de Navarra, y los aragoneses, catalanes y valencianos (*aplausos*), y los de Castilla, que también tiene instituciones, leyes y libertades tradicionales á que nunca ha renunciado por su voluntad y que le han arrebatado también. (*Applausos.*) Y si los fueros de la antigua corona de Aragón, tiránicamente suprimidos como castigo ó venganza por Felipe V, y que no han podido recibir las naturales influencias y modificaciones de los tiempos que han pasado desde entonces, ó las leyes é instituciones castellanas, necesitan añadir, quitar ó variar algo para acomodarse á las necesidades de nuestros días; si en la restauración completa de nuestras antiguas tradiciones hay que hacer ó reformar alguna cosa para atender y alcanzar á las legítimas novedades de nuestra época; hágase en hora buena lo que sea menester, pero hágase legalmente, como lo exigen los derechos tradicionales de nuestro pueblo, como hizo Felipe II en las Cortes

de Tarazona, con el concurso y la aquiescencia y por peticiones del reino, las justísimas reformas que el bien del pueblo exigía. (*Aplausos.*)

Si la agricultura y la industria y toda especie de propiedad han de poder vivir y no se quiere que España quede totalmente inulta, inactiva y despoblada, es menester y urgentísimo aligerar y descargar al Estado del peso insopportable con que agobia á la nación. Y con restablecer nuestros fueros y tradiciones, y devolver á las regiones y los municipios lo que es suyo, y suprimir el costoso engranaje y armazón de ruedas administrativas, oficinas y expedienteos que ahora necesita el Estado para llegar á todos lados y meterse en todo, quedaría en grandísima parte aliviado de tanta carga; pero habría de renunciar, además, á otros servicios que no le corresponden: la enseñanza por ejemplo, de que se apoderó para formar las futuras generaciones liberales, incrédulas, petulantes e ignoratas, á su imagen y semejanza, y que debe ser completamente libre, sin más subordinación que la que debe la razón á la fe, ni otra dependencia que al magisterio infalible de la Iglesia; y la beneficencia, de que cuidan harto mejor los institutos piadosos, y en que el Estado sólo debe intervenir para quitar obstáculos á la caridad que quiere, y ahora no puede, crear, multiplicar y asegurar instituciones permanentes como las desdichas y miserias á cuyo alivio se dedican. Jamás, hasta nuestros días, imaginó nadie que el Estado sirviese para maestro de escuela, doctor, bachiller ni artista, ni para ama de cría ó hermana de la caridad. (*Risas y aplausos.*)

Para cobrar los tributos que las Cortes le concedan, no necesita el Estado los ejércitos de odiosos recaudadores que suponen gasto inmenso, ó grandes ganancias de las empresas arrendatarias; como hoy pasa en las Provincias Vascongadas con el concierto económico, en sabiendo cada región lo que le toca pagar, puede recaudarlo y pagarlo en la forma que mejor cuadre á su índole y necesidades y más cómodo y suave sea para ella. (*Aplausos.*)

Con restablecer los fueros queda abolida la odiosa, tiránica y desigual constitución de las quintas, y cada región aportará el contingente que le corresponda según sus usos tradicionales. Pero el Estado debe hacer del ejército un cuerpo aristocrático, concediéndole los fueros y privilegios que ha menester, y duplicando ó triplicando los sueldos mezquinos con que hoy no pueden vivir decorosamente ni jefes ni oficiales. Y este aumento de sueldos se ha de extender á todos los empleados civiles y judiciales, que, reducidos al número necesario, han de constituir una carrera honrosa y lucrativa con gran provecho suyo y grandísima economía para la nación.

Imposible enumerar incidentalmente en el final de un discurso todos los artículos de nuestro programa; pero en estos capitales, ¿no veis ya un conjunto de derechos y libertades bastante más importantes para los pueblos que esos otros de que sólo usan los abogados

sin pleitos, los médicos sin enfermos, los vagos y parásitos que para ganarse la vida se dedican á oradores y escritores de oficio, merodeadores políticos, muñidores de elecciones, seductores de las almas y perturbadores de la nación? (*Aplausos.*) Pero las leyes más justas y los organismos más racionales é idóneos serán inútiles si no es bueno el espíritu que los anima. Antes, y más que organismos y leyes, importa formar hombres, pueblo, costumbres, conciencia pública que lo informe todo y todo lo encauce y avasalle. Para que haya sociedad perfecta, pueblo uno, nación capaz de verdadera grandeza, hay que devolver á España su unidad de creencias, su unidad de pensamiento, su unidad de acción y voluntad. Por la misericordia de Dios, en España es eso fácil todavía; para eso bastaba con cerrar para siempre todas las bocas del infierno, condenar á perpetuo silencio al error, y dar libertad absoluta al bien solamente, y desatar é impulsar y derramar por todas partes en impetuosas y desbordadas corrientes la propaganda y enseñanza de la verdad. (*Grandes y repetidos aplausos.*)

Dirá alguno, me parece estarlo oyendo:—pero eso es pedir la luna, eso es querer imposibles, eso no se puede hacer de la noche á la mañana, por una serie de decretos, y sin laboriosa preparación. ¿Que no? ¿Y quién se opondría? ¿Quién tiene ya aquí fuerza para oponerse á nada? ¿Quién estorba al actual Presidente del Consejo de Ministros que haga cuanto se le antoja, aunque no se le antoje nunca hacer nada ventajoso ni grato á la nación? (*Muy bien!*)

Pero si realmente no se pudiera hacer todo de una vez, sino por grados, ¿qué inconveniente podría hallar el encargado de formar un gabinete, por lo que á economías se refiere, en tomar, juntamente con la presidencia del Consejo, los ministerios de Gracia y Justicia y Estado que no dan mucho trabajo, unir interinamente los de Gobernación y Fomento, los de Guerra y Marina, repartir las diversas secciones del ministerio de Ultramar como estaban repartidas hace poco en los demás ministerios, y encomendar á uno solo el de Hacienda, que es el que hoy da más que hacer; sólo con lo cual se ahorraban cinco sueldos de ministros? (*Aplausos.*) ¿Quién impedía aceptar las dimisiones de directores, secretarios, embajadores, consejeros y demás empleados políticos y sobrantes, que por riguroso turno viven sobre el país, y encomendar el desempeño de sus cargos á los oficiales, secretarios y subalternos, que son los que saben lo que hay que hacer y en realidad los desempeñan? (*Aplausos.*) Si dejar cesantes á todos los empleados que sobran sería condenar á muerte de hambre á media España, ¿qué inconveniente habría en ir amortizando los innumerables empleos sobrantes que fuesen vacando? ¡Y habéis calculado por ventura la suma de millones y millones que se economi-

zarian sólo con suprimir las dotaciones anónimas que se filtran en forma de gastos del material, de comisiones, y de parientes y paniaguados que figuran en las nóminas y no pisán las oficinas? (*Aplausos.*) Cuanto á la enseñanza, bien veo yo que habría que dar tiempo á la fundación de universidades y escuelas libres; y no se me alcanza qué daño nos vendría de interrumpir entre tanto el aluvión de parásitos inútiles que todos los años caen sobre España, cargados de títulos y ayunos de ciencia, para perturbarla y revolverla, según testimonio de los actuales ministros de Fomento y Gobernación en la Academia de Ciencias morales y políticas; pero podían desde luego suprimirse todos los institutos, bien sustituidos ya por innumerables colegios que inspiran más confianza á las familias, y reducir las universidades á una ó dos transitorias, donde podría escogerse y reunirse la flor del profesorado, considerando á los demás como excedentes, hasta que el cuerpo se extinguiera, para respetar los derechos adquiridos. En lo que toca á reformar la legislación y suprimir las desastrosas prácticas parlamentarias, ¿quién puede impedir á un gobierno que cierre las puertas del Congreso á los empleados públicos, á los dependientes de las empresas que contratan con el Estado, á cuantos puedan tener interés en mantener el desorden? ¿Quién le puede vedar que en las elecciones levante la mano, prive de su influencia y protección á los representantes de los partidos, y permita y aun favorezca el triunfo de los representantes de los pueblos y sus diversas clases, para que vayan al Parlamento á preparar las grandes reformas que el bien de la patria exige? Estas y otras cosas semejantes propusimos al Congreso en 1891, como enmiendas al presupuesto, mi inolvidable y queridísimo compañero Ramery y yo, y todas fueron desecharadas, pero ninguna pudo ser racionadamente contradicha. Y cuanto á la defensa de la verdad, ¿qué obstáculo podría haber para un gobierno en aceptar las enmiendas al Código penal presentadas por Ramery, amparando con las penas ordinarias y corrientes y con arreglo á la Constitución vigente, á la Religión del Estado, la moral católica, y los principios fundamentales de la sociedad española y de toda sociedad? (*Aplausos.*)

No; no se hace esto, ni lo otro, ni nada, sino todo lo contrario, porque no se quiere; antes se quiere ir y se va por otro camino y con otro rumbo al extremo opuesto. Son liberales y marchan y quieren llevarnos con el juego de los partidos á los últimos abismos del progreso liberal. Por eso los que abominan las ruedas del carro de que os hablé al principio, pero quieren adherirnos al carro ó abrazarnos á los que van en él, lo que buenamente quieren (salvando la rectitud de su intención, pero no excusando en este caso su evidente tontería) es uncirnos al carro triunfal de la revolución. (*Grandes aplausos.*)

Os lo he dicho, y es patente: la solución de la guerra no está en Cuba sino aquí, y para acabar con los mambises y con todos los males que nos abruman hay que acabar con los partidos y con su juego maldito. Pero en realidad, tampoco los partidos tienen toda la culpa; la primera y principal está en el marasmo, en la apatía, en la indiferencia musulmana, en la cobardía inconcebible de los españoles que todo lo aguantan. Nadie quiere luchar, todos prefieren la ruina y la muerte al esfuerzo y el sacrificio de la lucha. Los que no venden al Justo, como Judas, le dejan crucificar y se lavan las manos como Pilatos. Al ver tal abatimiento, da gana de volverse á los partidos triunfantes y decirles:—hacéis bien; tended, tended el látigo y crujidle sobre nuestras espaldas, que no merecemos otra suerte.

A todos quiero decir la verdad, y primero á vosotros á quien tengo delante. Grima daba y gana de llorar estos días pasados ver las manifestaciones de entusiasmo con que muchos valencianos festejaban al Ministro de Hacienda, el de los presupuestos *traviesos*. ¡Con semejantes *travesuras* ofusca el liberalismo al pueblo español! Ven algunos valencianos que con una mano les da el ministro la fábrica de Tabacos, y no ven ó no recuerdan que con otra se la hace pagar con las setenas, aumentándole atrozmente las contribuciones; aplauden enternecidos porque va con su uniforme de ministro y un cirio encendido en la mano presidiendo la procesión del Corpus, y de sobre-mesa en la Lonja saluda á la Virgen de los Desamparados, y olvidan ó no quieren ver que es miembro del partido y del gobierno que dió libertad y autoriza á *El Mercantil Valenciano*, y á *El Pueblo*, y á *La Conciencia Libre*, y á *La Antorcha Valentina* para ver de arrancar á Valencia la fe en su Virgen de los Desamparados y en el Santísimo Sacramento. (*Applausos.*)

Pero, ¿no hay medio de deshacer el encanto? ¿No habrá modo de abrir los ojos y encender el ánimo y sacar de su letargo al pueblo español para que se defienda y se salve? Si, le hay y no es difícil.

Yo he hablado muchas veces y en muchas partes: en el Fomento del Trabajo Nacional, en la fabril y comercial Barcelona, y antes en las Academias de Castellón, y después en Valladolid, centro y riñón de Castilla, con Prada, con Lázaro, con el inolvidable Mariscal, con Gil Robles, de elocuencia soberana, y con otros y sólo en distintas capitales y varios pueblos de las regiones andaluzas, delante de cientos y miles de personas de todas clases y condiciones, y que no eran integristas; yo he hablado delante de cinco mil almas, lo más culto y principal de Sevilla, en su Lonja famosísima, y á lo más notable y escogido de Jerez en su Academia libre de Derecho; yo he hablado á no sé cuántos miles de personas, altos, bajos y medianos, en los patios del Casino Español de Jaén y en el teatro de Utrera; yo he hablado á cientos de obreros en sus asociaciones de Sevilla y Sanlúcar; yo he hablado á más de diez mil almas, al aire libre, por no

haber local para tanto concurso, en los campos de Marchena; y en todas partes he visto á las muchedumbres conmoverse entusiasmadas, y recibir y acoger las doctrinas y el programa del partido católico nacional, es decir, del verdadero y castizo y genuino partido español, con atronadores aplausos y frenéticas aclamaciones. ¡Ah si otros que valen más que yo hicieran lo propio! ¡Ah si ayudasen todos los que pueden, arriba, abajo y en medio, y cooperasen sobre todo los que pueden hacer la propaganda más continua y universal que la mía y con más autoridad que yo! ¡Ah si en vez de eso no se dedicasen muchos á denigrarnos, á desacreditarnos, á llamarnos protestantes y febronianos en la *Unión*, ó lamenesianos, como el Sr. Ortí y Lara, y á infamarnos de mil modos con saña que no tienen con los liberales, y á perseguirnos como á herejes vitandos, y peor que á fieras rabiosas! (*Aplausos estrepitosos y prolongados*).

¡Pobre pueblo español! El demonio, que sabe más por viejo que por demonio, ha aprendido que la sangre de mártires es semilla de cristianos, y ha encontrado algo mejor que la sangre para ahogar y helar en el corazón los impulsos más generosos. Guzmán el Bueno arrojando una vez el cuchillo desde el muro para matar á su hijo, hizo una acción heróica que con justicia perpetúa y aplaude la historia. Pero arrojar el cuchillo todos los días para cortar la ambición y rechazar la tentación de ser ministro, gobernador, á veces concejal ó teniente de alcalde; arrojar un día y otro el cuchillo para acabar con la esperanza de que se resuelva bien un expediente; estar arrojando el cuchillo á todas horas para romper la amistad, la influencia, la coyuntura con que se daria de comer ó se aseguraría la suerte de los hijos; arrojar el cuchillo cada vez que hay elecciones para sacrificar el medro, la tranquilidad tal vez, acaso la necesidad del pueblo ó la provincia, que no quieren sacrificar aun muchos que están dispuestos á sacrificar su interés personal; son acciones de suyo menos heróicas, pero cuya continuidad exige fortaleza y constancia más raras, por lo visto, en nuestros días, que el heroísmo de Guzmán el Bueno. (*Aplausos.*) En la invasión de los moros había cristianos que, acomodándose con ellos, obtenían ventajas; en la invasión napoleónica había españoles que, reconociendo y aun con sólo no hacer fuego á los franceses, podían vivir en paz donde ellos mandaban; pero no fueron esos españoles los que acabaron la Reconquista ni la guerra de la Independencia. (*Aplausos.*) No; ni el mundo en general ni España especialmente se pierden sólo por culpa del liberalismo; se pierden también, y muy principalmente, por culpa de los que abandonan la lucha, y entienden que en cumpliendo sus obligaciones particulares ya pueden dejar que azoten á Cristo y crucifiquen á la Patria, y aun ayudar á los sayones, ó al menos guardarles la ropa, por un pedazo de pan ó por no refiñir con nadie. (*Aplausos.*)

Estamos en días muy parecidos á aquél en que al bajar Moisés

del monte con las tablas de la ley, vió asombrado á los hijos de Dios postrados ante el becerro de oro. Yo no diré que todos los que no quieren luchar, ó se cansan de la lucha y nos dejan, vayan buscando honores, destinos ni riquezas para sí; de varios no lo debo creer, á algunos sinceramente los creo de todo punto incapaces de ceder á ningún interés bastardo ni á codiciosas miras. Pero no pueden sufrir guerra tan recia y larga, y tantas derrotas, y no lo disimulan, y al despedirse los que se van de nosotros tienen la candidez de confessarnos que se rinden de estar tanto tiempo en el Calvario y quisieran un poquito de Tabor. Después de habernos enseñado á andar por estos caminos, y de habernos demostrado que no hay ninguno tan seguro como el camino real de la cruz, dicen que por aquí no se va á ninguna parte; que para conseguir algo, para pensar en la reconquista de España, es menester allegarse á los poderosos del mundo que no quieren que la reconquistemos; hay que condescender con los que puedan sostener nuestras obras, á condición de que sean anodinas, con su influencia ó su dinero; hay que tener medios, riquezas, poder. Sin duda se equivocó nuestro Señor Jesucristo, que para conquistar al mundo bajó del cielo á la mayor pobreza de la tierra, y cuando nos dijo que para triunfar con él había que renunciar á todos los bienes del mundo, tomar su cruz y seguirle. (*Aplausos.*)

¡No, no! No es preciso tener influencia ni dinero; es preciso tenerse (*aplausos*); es preciso amar á Dios y á la patria (*aplausos*); es preciso resolverse á no transigir, ni ceder, y á luchar con los liberales fieros, y con los liberales mansos, y con cuantos estorbos se nos enreden en los pies por las apostasias políticas, por las miserias y flaquezas de los que caen, y nos quieren arrastrar á los pies ó á los brazos del enemigo. (*Grandes aplausos.*)

Porque un dia se desmembraron de nosotros *la Fe y el Fénix* con los mestizos de la Unión Católica; porque otro dia también se cansó D. Carlos de nuestras integridades e intransigencias y nos arrojó de su lado; porque columnas que parecían firmísimas, como el señor Ortí, y alguna que parecía incombustible, como el Sr X (á quien todavía guardamos la consideración de no citar por su nombre que tanto ilustró); porque ayer unos cuantos barceloneses y hoy otros tantos donostiarras se cansan de seguirnos, se rinden y se entregan al enemigo y disparan furiosos contra nosotros porque somos su viva y constante y mayor acusación (*muy bien!*), dicen muy contentos carlistas y liberales que el integrismo se deshace y disuelve. ¡Engañosa ilusión! Los carlistas se dividen; los conservadores, los fusionistas, los republicanos de toda laya y condición se disgragan, se deshacen, pasarán sin dejar rastro ni huella como montones de polvo que arrebata y esparsce el huracán. Del integrismo se desgajan los que pierden la savia y dejan de ser íntegros; pero el integrismo sigue sin ellos tan unido y compacto como antes, sin dividirse jamás ni poderse

dividir, porque el que reniega de él ya no es íntegro, y el que le profesa tiene que profesarse como él es, con la unidad de su doctrina y de su lógica en los principios y en la conducta. El integrismo sufrirá golpes y más golpes, porque esa es la suerte de la verdad en este mundo que crucificó á la misma verdad. (*Bien!*) Contra el integrismo se revolverán más sañudos y rabiosos los que ven en él la verdad, y no quieren luchar y sacrificarse por ella, y les da vergüenza, y quisieran hacernos cómplices de sus veleidades, y que no fuésemos acusación permanente y constante de su cobardía. (*Muy bien!*) Pero el integrismo nunca morirá. Porque cuando hayan pasado todos los que nos persiguen y no quede memoria de nosotros, suceda lo que suceda en España y en el mundo, siempre será verdad y nunca faltará quien confiese y sostenga que Jesucristo no es sólo Dios y Señor de las almas, sino Rey de reyes y Dueño de los que dominan; que el poder civil ha de estar subordinado al espiritual como el cuerpo al alma; que las leyes civiles han de fundarse en la ley eterna y en la moral cristiana; que solo la verdad es libre; que el error no tiene derechos; que las sociedades, y no sólo los individuos y las familias, han de vivir de la vida de Jesucristo, y vivificar leyes y costumbres, obras é instituciones con el espíritu cristiano y al amor de la Iglesia; y eso no así como quiera, en hipótesis liberal como en Francia, en tesis protestante como en Inglaterra, en poder de los judíos como en Austria, en persecución como en Rusia y en Irlanda y hace poco en Alemania, ni en estado de mera libertad ni de tolerancia; sino dominándolo é informándolo todo como en nuestra antigua España, y en toda nuestra gloriosa historia, y en todas nuestras católicas tradiciones desde nuestros célebres Concilios toledanos. (*Aplausos.*) Que eso es el integrismo. (*Aplausos.*) Y vivirán las naciones si se echan en sus brazos; y se hundirán en la corrupción y la barbarie las que le rechacen, y perecerán sin remedio; pero él, vencedor ó vencido, siempre vivirá. (*Grandes y prolongados aplausos.*)

